

LA CHICA QUE SE QUERÍA QUEMAR A LO BONZO

PORQUE **ÉL** NO TAPABA EL CHAMPÚ

NI LA ABRAZABA EN LA CAMA

NI SORPRENDÍA

NI PASABA SU

NI H

BA D

VASO

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE

MENTE



NO
DEJES QUE
ESTE LIBRO
CAIGA EN MANOS
DE UN
HOMBRE

**RAQUEL
MARTOS**

**LAURA
LLOPIS**

AGUILAR

La misión

Raquel y Laura no es que sean de mi equipo, son mis piernas. Jamás he visto a nadie esforzarse tanto en lo que hace como a ellas. No se permiten el desaliento. En su vocabulario no existen las palabras «imposible» y «mañana». No tienen problemas en tirar a la basura su trabajo de todo el día y empezar de nuevo si acaba de salir una noticia de última hora. Y lo más importante: todo esto lo hacen con una sonrisa.

Esta información la doy para que sepáis cuanto antes que, aunque las autoras parecen personas normales, no lo son. De hecho, son samuráis. Sí, ya sé que os sorprenderá. Yo tampoco lo sabía. Pero, en este último año, las he espiado y me he dado cuenta de que, para ellas, este libro no es un trabajo, es una misión. Raquel y Laura han revisado cada una de sus ideas y de sus sentimientos personales hasta llegar a lo más profundo de sí mismas, y luego lo han llenado todo de chistes y de un lenguaje sencillo y frívolo para confundirnos y hacer ver que lo que cuentan son cosas sin importancia que se les ocurrían mientras se hacían unas risas. Pero ¡a mí no me la dan!

Éste no es sólo un libro de humor. Es un código secreto. Un libro escrito para mujeres que deberíamos leer todos los hombres. Debajo de algunos chistes hay un montón de información privilegiada para nosotros que, hasta ahora, nadie nos había contado. Raquel y Laura se han confesado ante sus posibles lectoras y, sin darse cuenta, nos han dado a los hombres la llave de muchos secretos íntimos sin los cuales nunca tendríamos la posibilidad de comprender cómo son en esencia las mujeres. Así que mi consejo es que compres inmediatamente todos los ejemplares de este libro que haya en la tienda y que se los pases a tus amigos antes de que lo prohíban. Estoy seguro de que esta información no andará suelta mucho tiempo...

Y ahora levanta la mirada, disimula y empieza a hacer lo que te he dicho sin despertar muchas sospechas. ¡Buena

suerte!

PABLO MOTOS

PD. Como en este libro encontraréis un análisis exhaustivo de todos y cada uno de los defectos de los hombres —algunos de los cuales ni os imaginabais—, os diré, aunque sólo sea para compensar, que todas mis teorías sobre los defectos de las mujeres se resumen en una: las mujeres están de mal humor porque tienen hambre. Pensadlo.

La chica que se quería quemar a lo bonzo... ... porque él se ha convertido en una patata

¿Quién estafa a quién?

La mujer de Hugh Jackman se mata de risa cuando oye que su marido es el hombre más sexy del mundo. Ella también lo pensaba, hasta que se fue a vivir con él. Porque de todas es sabido que «hombre que convive en pareja se acaba convirtiendo en una patata».

Los hombres, al principio, nos hacen creer que son como Indiana Jones. Un día te dicen: «Coge el bolso, que te invito a cenar» y se hacen cuatrocientos kilómetros del tirón para llevarnos a cenar a la playa. Y flipamos, y los seguiríamos como perras al fin del mundo porque pensamos que, a su lado, la vida va a ser una aventura constante. Pero lo que te espera es una vida al lado de una patata que echará raíces en el sofá.

¡Cómo nos la meten! Con perdón. Nos hacen creer que cruzarían desiertos por nosotras y luego lo más que cruzan es el pasillo, del sofá a la nevera, para coger una cerveza. Y el domingo, que es el día que podemos estar juntos, se lo pasan en pijama, como si estuvieran ingresados. Sin duchar, sin peinar, sin lavarse los dientes... Parece que están en *Gran Hermano*, pero a nosotras se nos quitan las ganas de hacer edredoning.

Ellos también tienen sus quejas. Dicen que, al principio, vamos muy bien depiladas y que, cuando hay confianza, nos dejamos los muslos pinchosos. Pero ¡para qué nos vamos a depilar continuamente si, cuando les pasamos el muslo suave por la cara, la patata sólo dice: «Quita que no veo la tele»! Eso sí, ellos pueden dejar de afeitarse cuando quieran, luego te hacen un cunnilingus (que bienvenido sea) y parece que te lo está haciendo Espinete.

Los tíos dicen que nosotras los estafamos porque cuando nos conocen vamos subidas en tacones, nos teñimos y ¡oh,

gran crimen! nos ponemos un Wonderbra. Es verdad que los tacones nos hacen más altas pero, sobre todo, nos los ponemos porque nos estilizan, nos suben el culo, nos alargan la pierna y nos sentimos más sexys. Además, hay un estudio científico que dice que el movimiento pélvico que hacemos andando con tacones favorece el orgasmo. ¿Por qué creéis que han triunfado los Manolos de las chicas de *Sexo en Nueva York*? ¡¡¡No hay ningún Manolo en España que haya provocado tantos orgasmos!!!

Nos teñimos, pero lo reconocemos. ¿Alaska dijo alguna vez que tenía el pelo naranja de comer mandarinas? Nosotras lo comentamos sin pudor:

—Chica, ¡qué bien te han dado las mechas!

—Es que además me han puesto baño de color para igualar, como llevo moldeado y extensiones de pelo indio...

En cambio, un tío aparece un día con la melena de El Puma y tenemos que hacer como que no vemos que lleva una rata en la cabeza. De hecho, José Bono cree que en España nadie se ha dado cuenta de que se ha puesto el tupé de Elvij Prejly [1].

¿Y qué maldad hay en ponerse un Wonderbra? Ninguna. En el Código Penal se consideraría estafa leve. Lo más que puede pasar cuando te lo quites delante de él es que piense: «Vaya, tiene las tetas más pequeñas de lo que parecía». Pero nosotras lo compensamos porque, a cambio, tenemos el culo más gordo y más caído cuando nos quitamos las medias Golden Lady Push Up. Lo comido por lo servido.

En cambio, la estafa que sufrimos nosotras es de juzgado de guardia. Al principio los hombres nos escuchan con más interés que Jesús Quintero (*léase con el tono típico del personaje*): «Háblame de ti, de tus padressss, de tu infancia...». Podemos hablar horas y horas y ellos nos escuchan flipados como si fuera un discurso de Obama. Pero un día les deja de gustar que hablemos y nos llaman loros, cotorras... Pasamos de ser Obama a tertuliana del *Sálvame*.

Si al principio de la relación todos fuéramos sinceros, nosotras deberíamos decir: «Esto no es lo que parece, llevo

Wonderbra», pero ellos deberían contestar: «Tranquila, yo soy una patata, y voy echar raíces en tu sofá. ¿Nos acostamos?».

La cosa no tiene remedio porque a las mujeres las patatas, aunque nos engorden, nos encantan de todas las maneras: asadas, fritas, cocidas... Paja...

La chica que se quería quemar a lo bonzo... ... porque los tíos que se le acercan siempre le dicen: ¿por qué estás tan seria?

Los tíos se lo montan fatal para ligar

La relación entre hombre y mujer casi nunca empieza bien. Antes de nada voy a aclarar que si un tío no liga no es porque sea feo, eso para nosotras no es decisivo... Ahí está Woody Allen, muchas quisieran que les tocara el clarinete...

Lo que nos tira para atrás son otras cosas. ¿De dónde sacarán los tíos las frases esas que utilizan desde siempre para ligar?: «¿Qué haces aquí tan sola?», «¿Vienes mucho por aquí?», «¿Por qué estás tan seria?». ¡Joder, no voy a ir todo el rato por ahí sonriendo sin motivo, no soy Zapatero!

Tampoco soportamos que los hombres se tengan que beber cinco copas para acercarse a nosotras. ¿Por qué nos echan el aliento de borrachuzo en la cara? No somos el control de alcoholemia de la Guardia Civil, que nos dan ganas de decir: «Le quito cinco puntos, circule». Alguno se acerca tanto a la oreja que se les engancha la lengua en un pendiente... Y nos hablan jadeando como Darth Vader: «Holaaaa, guapaaaa». Que nos dan ganas de contestar como Yoda: «A la mierda mandarte podría».

El que no tiene nada que hacer es el «brasas» que está toda la noche lanzando indirectas: «Estoy solo en casa... Estoy solo en casa... ¿Te he dicho que estoy solo en casa?». Pero ¿tú quién eres? ¿Macaulay Culkin? ¡Cómo no vas a estar solo en casa! Y lo que te queda... Como no te metas en un piso patera.

También hay un tipo de hombre al que podríamos llamar «El Vaquilla», que sale a ligar sin criterio y que embiste a todo lo que se mueve. Parece que sale de toriles, sólo le falta el pasodoble: «Tarí, tarí. ¡¡A por el bulto!!». Éste sólo busca un revolcón, que nos podría venir bien si lo que buscamos

esa noche es sólo el rabo. Pero la cagan por la forma de entrar y se van a casa sin poner la banderilla.

Por cierto, no somos tontas y nos damos cuenta cuando somos la última opción de la noche. Y cuando oímos esa bobada de: «Eres la mujer más guapa del local» —¿cómo no voy a ser la más guapa si ya sólo quedan dos calvos?—. Nos dan ganas de decir: «Y tú eres el más *pesao*, soy la quinta a la que entras. ¿Sabes qué es la quinta? ¡Marcha!».

Son los mismos que a las seis de la mañana, cuando van a cerrar el local, se te acercan ciegos y sudaos, con la camisa abierta, y te hablan como Torrente: «Apa, borita»^[2], que te dan ganas de decirle: «Amiguete, esta noche, como no te hagas unas pajillas...».

Lo admito: la mayoría de las veces las mujeres somos bordes cuando un hombre se acerca. Atención, tíos, ésta es la explicación: os contestamos de forma borde para que no se nos note que nos gustáis y, si no nos gustáis, para que os larguéis. Pero, si os fijarais un poco, os daríais cuenta de la diferencia. Ejemplo: si nos preguntáis: «¿Puedo sentarme aquí?» y os contestamos: «Tú verás», pero os lo decimos mientras jugamos con un mechón de pelo o pestañeamos como Marujita significa claramente: «Me estás gustando». Pero si os contestamos con la voz de Belén Esteban: «Tú verás» y os damos la espalda, claramente os queremos decir: «Largo de aquí. ¿Me entiendes?». Esa noche lo único que te vas a comer es el pollo.

Es un problema, porque, si somos simpáticas, los tíos piensan: «Ya he *pillao*». Su cabeza asocia «me ha dicho cómo se llama» = «mojo el churro». Y cuando nos despedimos y les damos dos besos se les queda una cara de tolai: «Pero, bueno, ¿se va sin chupármela? ¡Si me ha dicho cómo se llama!».

Por cierto, éste es un consejo para todos esos tíos que se quitan el anillo de casados para ligar. No os esforcéis: aunque os quitéis la alianza, lleváis ahí la marca blanca, como en el híper. Nosotras sí nos fijamos en los detalles.

Los hombres piensan que las mujeres nos pasamos la vida esperando a que ellos se acerquen. Un hombre ve a dos

mujeres solas, hablando, y piensa: «Estas dos necesitan que les entre». Pues no, estamos charlando de cosas muy interesantes, y nos cortan el rollo. ¿A que no les gustaría que los interrumpiéramos en sus partiditos de futbito, que nos metiéramos en medio del campo, corriendo detrás de ellos: «Hola, ¿vienes mucho por aquí?», «¿Por qué estás tan serio?», «¡Menudo delanterooo!»». A nosotras nunca nos verán hacer esas cosas. Bueno... si está el Duque, sí. Pero es un momento de enajenación mental transitoria, es lo que les pasa a algunos tíos cuando el Barça hace triplete. No controlas, quemarías contenedores y te bañarías desnuda en Canaletas.

La chica que se quería quemar a lo bonzo... ... porque él sólo se compromete con los colores de su equipo

Los tíos tienen pánico al compromiso

Dicen que los hombres temen al compromiso porque les da miedo perderse otras cosas. Por eso les gusta tanto hacer zapping, para no perderse lo que ponen en los otros canales. El único compromiso que asumen los hombres con gusto es abonarse al Digital Plus, porque viene con mando. Ellos, cuando ven un mando, se vuelven locos. ¡Cómo les pone lo de apretar botones! Si pudieran hacer el amor con mando a distancia, hace tiempo que habrían encontrado el punto G. Lo malo es que no estarían el suficiente tiempo, enseguida harían zapping: «Ya me he cansado del punto G, a ver qué dan en el pezón...».

Pero ¿por qué tienen tanto miedo al compromiso? ¿Qué creen que les va pasar por irse a vivir con una mujer, que se va a acabar todo lo bueno y apasionante de su vida? No, van a seguir viendo la tele mientras se tocan los huevos, pero en un sofá más limpio. Además, a nosotras también nos gusta hacer el perro, pero en vez de tocarnos los huevos viendo la tele, comemos pipas, leemos una revista o cotilleamos el folleto de la semana fantástica de El Corte Inglés, que es fantástico.

Les aterra tanto el compromiso que para quitarle hierro al asunto se hacen bromitas. La frase favorita de un tío para un amigo que se va a vivir con la novia es: «Macho, ya te han cazao». ¿Perdona? ¿Que nosotras cazamos? ¿Y quiénes son los que salen los sábados por la noche con la escopeta preparada a ver si cae algún conejo?

Es curioso, tanto miedo que le tienen al compromiso y luego, cuando se separan, tardan cero coma [\[3\]](#) en volver a tener novia. Mira Darek lo poco que tardó en pasar de la Obregón a la Uribarri. No le dio tiempo a su «suegro», José

Luis, ni a hacer el pronóstico, y eso que en Eurovisión siempre acierta lo que van a hacer los de los países del Este.

Las mujeres nos comprometemos tanto y ponemos tanto en cada relación que, cuando se rompe, acabamos agotadas y necesitamos estar un tiempo en barbecho. Es como cuando vienes de la comida de Navidad, estás empachada y no cenas. Sin embargo, tu chico va derecho a la cocina y se hace un bocadillo de chorizo, con pellejo y todo.

De todos es sabido, dicho por psicólogos argentinos, que el compromiso es un síntoma de madurez. Pues si es así, las mujeres maduramos a los doce años, cuando tu madre te quita un pelo del entrecejo y asumes que vas a estar ligada a las pinzas de por vida. Hay mujeres que se quitan los pelos de las cejas todos los días, algunas se los rebuscan y se los quitan antes de que les salgan. ¿Hay algún hombre que tenga compromisos de este nivel? Todas las mujeres asumimos el compromiso vitalicio de quitarnos tres kilos; y el de teñirnos, que te pasas la vida retocándote las raíces. Sin embargo, los tíos se han inventado que sus canas son atractivas y nosotras nos lo hemos creído. Mira, son atractivas las canas de George Clooney, pero Ecclestone, el de la Fórmula 1, podría ser la abuela de *Las chicas de oro*.

Ellos no asumen compromisos ni con sus propios amigos. Dos tíos salen juntos de copas y, si uno liga, deja tirado al otro aunque no tenga coche. Por eso hay tantos atropellos de hombres solos en las autovías. Una mujer, aunque ligue con un tío, nunca deja tirada a una amiga. La acompaña a casa con ligue y todo, y el ligue, que quiere que le comas el boniato, primero se tiene que comer a tu amiga con patatas.

La chica que se quería quemar a lo bonzo... ... porque él no sabe qué talla de sujetador usa

Los hombres sólo se interesan por sus cosas

A las mujeres, nada más nacer, cuando nos hacen los agujeros de los pendientes, nos ponen un chip que nos obliga a preocuparnos por todo. A los hombres les deben de poner uno que les impide interesarse por algo que no sean ellos mismos y su pene. Bueno... y su coche.

Y pasa que vivimos siempre pendientes de nuestro hombre. Sabemos hasta qué calzoncillos les pican y qué parte de la ternera no hay que comprar porque se les hace bola. Ellos, con todo lo que les gustan las tetas, no saben ni la talla de sujetador que tenemos. Y si alguien les aconseja que nos regalen lencería —porque a ellos no se les ocurriría en la vida— están perdidos. Les dice la dependienta:

—¿Qué talla tiene de sujetador?

—Pues no sé, así, como dos mandarinas... Bueno, entre mandarina y naranja. Como tú, más o menos.

Les falta decir:

—¿Me dejas tocar, moc, moc, para hacerme una idea?...

Les costaría menos comprar toda la equipación a Kaká y a Cristiano Ronaldo.

Nosotras somos su BlackBerry. Nos sabemos las fechas de los cumpleaños de toda su familia. Y tenemos que decirles: «No le compres a tu madre otro cenicero, que sólo fuma en las bodas. Cómprale una blusa, que es lo que le gusta a la madre que te parió». Hasta que una mujer no entra en la vida de un hombre su madre no tiene un regalo como Dios manda. Eso sí, tiene más ceniceros que Sabina.

Ellos pasan de nuestras amigas, que son geniales, pero nosotras nos resignamos y salimos con los pelmas de sus amigos y sus mujeres. A lo mejor no tenemos nada que ver con ellas, igual una es testiga de Jehová... Pero nos la endosan y así ellos pueden hablar de sus chorradas, y recor-

dar cuando ponían petardos en las mierdas: «Ja, ja, ja, ja...». Y nosotras, muertas de aburrimiento con la *testiga*: «O sea, que no os podéis hacer transfusiones, qué curioso. ¿Y liposucciones sí? ¡Anda, qué jodía!».

Nosotras nos esforzamos por compartir lo que les gusta. ¿Qué mujer no ha visto «Las junglas de cristal»? Nos hemos tragado las cuatro. Que ya tiene mérito, porque son todas iguales, lo único que cambia es que Bruce Willis cada vez está más calvo. A buenas horas van a ir ellos a ver una comedia romántica. Sólo vieron *Cuando Harry encontró a Sally* porque ella fingía un orgasmo y creían que era porno. Siempre que nos acompañan es porque vienen engañados: les decimos *Orgullo y prejuicio* y entienden «Orgasmo y prepucio».

Dicen que no les gustan las películas de mujeres porque allí sólo sale gente que habla. A ellos les gustaría *Mujercitas* si salieran las cuatro hermanas luchando en el barro. Para ellos una buena peli es esa en la que hay una explosión y un negro que está sentado en un váter salta por los aires, o esa en la que aparecen dos tíos pegándose leches y rompiendo cosas. Cuanto más rompan, más peliculón. Que aquí las mujeres sufrimos mogollón viendo cómo tiran todo por el suelo. Somos tan imbéciles que nos estresamos: «¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacen? ¡Que luego todo esto hay que recogerlo!».

Este agobio nos lo produce el chip, que no nos deja vivir. Nos pasa lo mismo cuando nos invitan a una fiesta, no podemos evitar pensar: «¡Madre mía, qué cantidad de vasos sucios y cómo han puesto el parqué de rayajos! Y ese gilipollas se podría quemar los huevos, que está echando toda la ceniza en el sofá...». Nos agobiamos tanto que a punto de irnos de la fiesta, con el abrigo puesto, vamos recogiendo vasos y dejándolos en la cocina. Un hombre esto ni se lo plantea, ni siquiera ese que vende las vaporetas en la *Tele-tienda*. Es más, el de las vaporetas es el que hace los rayajos en el parqué para hacer luego la demostración.

Todas las tías nos sabemos el historial médico de nuestra pareja. Ellos se quejan de que cuando los acompañamos al

médico no les dejamos hablar, pero es que nosotras somos las que sabemos lo que les pasa: que les repite el chorizo, que el chocolate les da asma y que tienen una tendinitis de jugar a la Play. Si Michael Jackson hubiera tenido novia, ahora estaría vivo. Ella le habría dicho: «No tomes tantas pastillas y come fruta, que estás muy blanco, chato».

Sin embargo, los hombres no quieren saber nada de nuestras teclas. No podemos ni mencionar que el ginecólogo nos ha dicho que tenemos los ovarios poliquísticos. Ya no se te acercan, por si se les pega. Nos ven como marciannas: «Es poliquística, es poliquística, voy a llamar a *Cuarto milenio*». Y como les digamos: «Tienes que ponerte una pomada que tengo cándidas», nos miran como si estuviéramos locas. ¡¿Cándidas?! Yo creo que se imaginan que tenemos a la asistente de *Gomaespuma* saliendo de entre las piernas: «Señora, las cocletas».

En definitiva, los tíos pasan de nuestro culo, literalmente, porque después de un tiempo de convivencia les pones el culo delante de la cara cuando están en el sofá y piensan: «¡Coño, ha saltado el airbag!».

La chica que se quería quemar a lo bonzo... ... porque él le mete mano cuando están de morros

Los tíos pasan de todo

Es verdad que las mujeres damos muchas vueltas a todo, a veces demasiadas. En cambio, ellos no le dan ni media. La única cabeza que se comen los hombres es la de las gambas.

Nosotras no pegamos ojo porque hemos comprado un sofá que no queda tan bien como habíamos imaginado. Pasamos las noches en vela: «¿Por qué compraría ese pedazo de sofá que se come todo el salón? ¿Por qué él me dejó comprarlo?». Y mientras, el tío, tan feliz, hasta hace chistes con los amigos: «Hemos comprado un sofá que no cabe en el salón. Lo hemos tenido que poner de canto. Ja, ja, ja... ¡Con dos cojones!».

Nosotras pasamos noches enteras maldiciendo el sofá. Éste es el motivo por el que las mujeres gastamos tanto en corrector de ojeras. Y cada vez que entramos en el salón y vemos el sofá nos vuelve a subir el calentón, y así hasta que lo cambiamos siete años después. Que eso no garantiza que nos quedemos tranquilas. Cuando tenemos el sofá nuevo —que esta vez sí cabe—, le encontramos otro defecto. De repente vemos que la tela hace sombras y otra vez a comprar corrector de ojeras.

Los hombres, en cambio, viven tan tranquilos —eso blanco que lleva David Meca debajo de los ojos no es corrector de ojeras—. Si tenemos invitados en casa, sólo nos agobiamos nosotras:

—Quita las zapatillas de deporte de la entrada, que están a punto de llegar. Y recoge los calzoncillos del baño que, aunque a tus amigos les guste la Fórmula 1, no creo que quieran ver tus frenazos.

Y nos estresamos porque no llegamos a todo: